

El Discreto encantado

del verano



Carlos Sola, con camiseta gris y barba, en el colegio San Agustín, en Chitré, Panamá, con un numeroso grupo de pequeños escolares.

El verano es la estación preferida por la mayoría de los ciudadanos porque suele ser sinónimo de vacaciones. Y esta palabra suele implicar descanso, actividades al aire libre, en una palabra, disfrutar. Sin embargo, hay gente que prefiere utilizar este tiempo en ayudar a los demás. Pero quizás la ayuda sea mutua, o incluso ellos se sientan más beneficiados que las personas a las que han venido a apoyar. Mallorca Misionera, en colaboración con las religiosas Agustinas y las Franciscanas (Misol), ha organizado los viajes y estancias de una serie de personas que han dedicado todas sus vacaciones en algunas de las zonas más deprimidas de Panamá y Bolivia.

Claudia Quetglas

ENFERMERA

«Tengo la sensación de que más que ayudar yo, me han enseñado»

UN VERANO DIFERENTE

Varios mallorquines han elegido 'cruzar el charco' y cooperar en países como **Panamá** o **Bolivia** durante sus vacaciones

► Claudia Quetglas es una estudiante de Enfermería que acaba de empezar el cuarto y último curso. Durante el pasado mes de agosto ha estado colaborando en el Hospital San Francisco Asís de La Paz. «Este centro es privado, pero como lo lleva esta Orden, los precios eran asequibles para la población. Cada paciente adquiría un ticket y se le mandaba

a una consulta u otra dependiendo de su dolencia. Antes, yo les pesaba, medía y tomaba la tensión. Es curioso, pero allí la gente sólo va al médico cuando ya se encuentran bastante mal. Eso sí, si tenían que operar a alguien, lo hacían al momento. Se puede decir que no saben lo que son las listas de espera». Claudia ha podido entrar en el quirófano durante una

intervención, algo impensable en España. «También he preparado muchas torundas, que es el algodón que se utiliza después de los pinchazos, y luego hacia los diversos tipos de gasas: quirúrgicas, de cura... Un aspecto que me llamó mucho la atención es que no se utiliza casi nada de plástico. El instrumental se envuelve con unas sábanas que antes ha pasado por una máquina de esterilización». Claudia explica también que la sensación con la que se queda es «que más que ayudar yo, me han enseñado». En cuanto a lo personal, a La Paz no le ha parecido nada peligrosa. «Me he paseado por todo y no he tenido ningún problema».

Maria Antònia Ferragut

PROFESORA

«Los colegios de Bolivia no tienen nada que envidiar a los nuestros»

► Maria Antònia Ferragut, Arancha Lorente y Cristina Colombrán son tres profesoras de Primaria de Sant Antoni Abad que pasaron el mes de agosto en Bolivia. «Estuvimos 15 días en la zo-

na de Sucre con las hermanas Franciscanas y 10 días en El Alto en un centro de educación», comentan. En principio, hasta el país andino sólo iban a ir María Antònia y Cristina, y posteriormente se unió Arancha, que es la única que tenía experiencia en este ámbito al haber estado como voluntaria en Marruecos.

Dos, como mínimo

«Teníamos claro que debíamos ser como mínimo dos para sentirnos más seguros y con confianza», explica Cristina. «La experiencia ha sido inolvidable y muy gratificante», comenta María Antònia. En la conversación no interviene Arancha, ausente por motivos laborales. María Antònia relata que en ambos lugares (El Alto, donde vivieron en casa del director del colegio y Sucre, donde se alojaron en una residencia de las hermanas Franciscanas) han realizado labores parecidas. «Ayudábamos en la cocina, dábamos clases y también acompañábamos a una fisioterapeuta a ver a una familia con varios de sus miembros con una enfermedad degenerativa», explican. En cuanto al país, no han tenido grandes sorpresas, salvo por la calidad de las instalaciones educativas. «Los colegios de Bolivia no tienen nada que envidiar a los nuestros». Otro aspecto que destacan es el culinario. «Hemos comido muy bien, demasiado bueno», comentan entre risas.

Carlos Sola

PROFESOR

«Creces como persona cuando conoces a la gente de otros países»

► Carlos Sola, de 31 años, es profesor de informática en el colegio San José Obrer. «He estado en dos zonas de Panamá: Chiriquí y

Los voluntarios destacan la hospitalidad y el cariño recibido de la gente allí donde han estado



Claudia Quetglas, preparando diferentes vendas en un hospital de La Paz.

« Viene de la página anterior

Chitré. «En el primer lugar iba a un colegio donde hacíamos sesiones de refuerzo en cuanto a potenciar los valores, incidíamos en la importancia del estudio e intentábamos motivarles para que siguieran con los libros. Los centros estaban en poblaciones indígenas». Carlos vivió las dos primeras semanas en una residencia de Tolé, una población perteneciente a Chiriquí, mientras que en Chitré se alojó en una casa de las monjas Agustinas. «Cada día nos asignaban una tarea: visitar enfermos, acudir a hogares sin recursos, realizar talleres en escuelas de Infantil y Primaria o también en la prisión». Carlos había realizado voluntariado en Mallorca, pero a un nivel más básico. «Una de las cosas que he aprendido es que conocer mundo no te hace crecer como persona; lo que te enriquece es relacionarte con la gente. Nosotros nos preocupamos si nos quedamos sin datos en el móvil, cuando allí había gente que comía una vez al día». Como el resto de voluntarios, Carlos só-

«Recomiendo que se haga un viaje de este tipo aunque sea sólo una vez en la vida», dice Sandra

lo tuvo que confeccionar el billete.

Sandra Pérez

ADMINISTRATIVA DE BANCA

«Me quedo con el cariño de la gente y el año que viene me iré a Honduras»

► Sandra Pérez, de 38 años y administradora de banca, había realizado varios voluntariados locales antes de decidirse a cruzar el 'charco' y pasar agosto en Panamá. «Como este año tuve un mes seguido de vacaciones vi que era el momento». Catalina Alberti, de Mallorca Misionera, explicó a Sandra los diferentes proyectos y se decidió por ese país. «Cada día las Agustinas tenían un plan diferente: visitar hospitales, hablar con la gente de las zonas rojas, que son las más desfavorecidas... También ayudé a acondicionar un albergue que acogía mayormente a indígenas que se acercan a la ciudad y, como suelen ser muy largos los caminos para volver a sus casas, pues suelen pernoctar allí».

Sandra se queda, sin dudarlo, «con el cariño de la gente, por cómo nos recibían. El año que viene haré otro, si puedo, en Honduras». Al volver a Mallorca, Sandra se ha dado cuenta de la experiencia vivida. «Este viaje me ha cambiado y me he dado cuenta de que nos estamos insensibilizando ante las personas que lo pasan mal. Venos a alguien que vive en la calle y ya nos parece algo normal y eso me parece que es muy triste. Recomendaría que quien pueda, tenga esta experiencia de irse a un país aunque sea sólo una vez en la vida».

Jaime Moreda



Sandra Pérez, agachada y de negro, en la prisión de Chitré, donde realizó talleres de manualidades con los reclusos.



Arancha Lorente, Cristina Colombrán y Maria Antònia Ferragut, haciendo masa para galletas en un centro de iniciación en El Alto.